

# LA SAETA

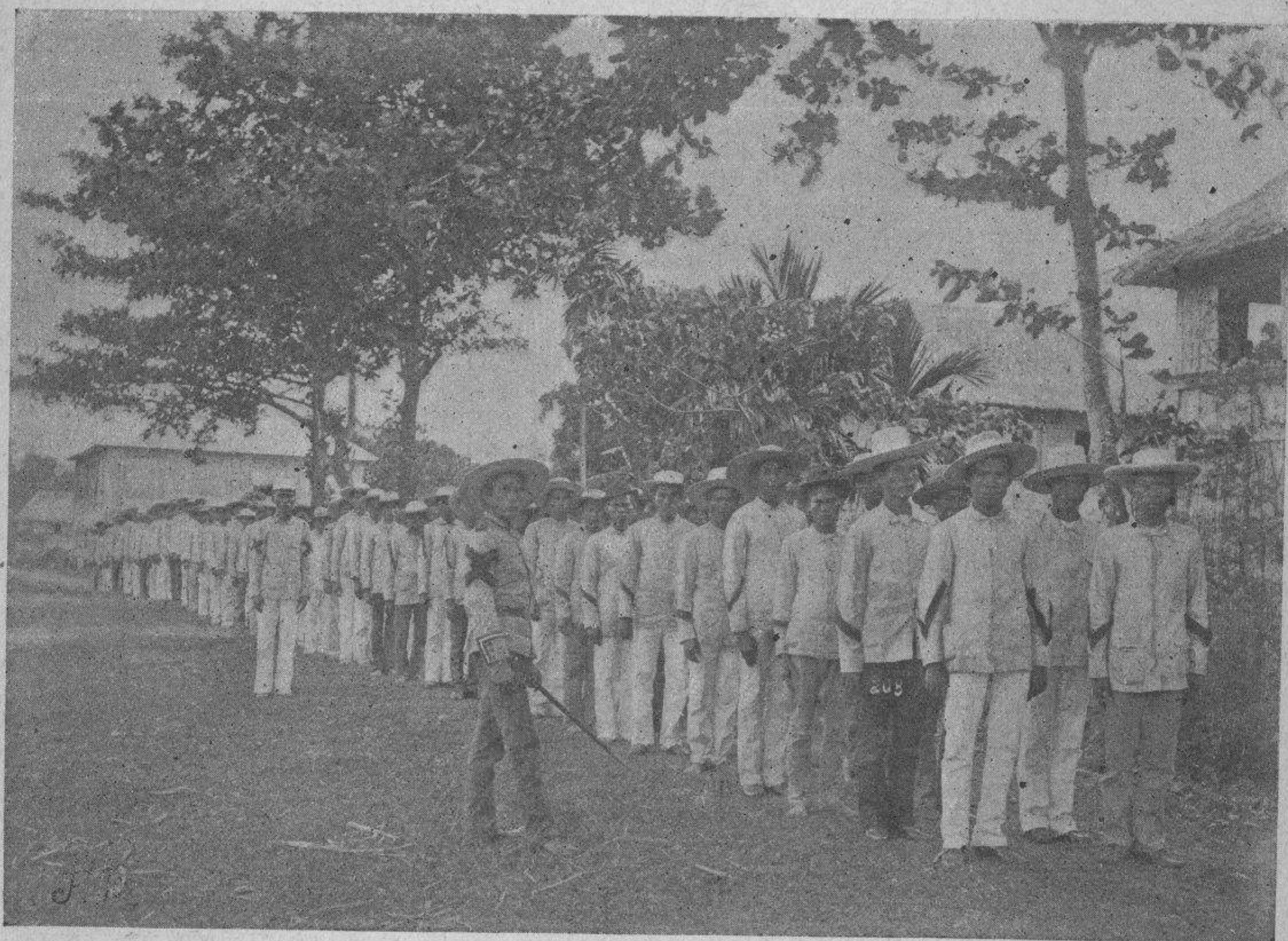
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 18 de Febrero de 1897

Núm. 326

## FILIPINAS



Los cuadrilleros

Fot. de F. Laureano

Los cuadrilleros son los encargados de mantener el orden en las poblaciones filipinas y de perseguir á los *buyons* y *tulisanes*. Están bajo la jurisdicción del gobernadorcillo, á quien compete su nombramiento. Los cuadrilleros, además de apresar toda clase de criminales, vigilar y mantener el orden público, prestan guardia en las prisiones, son correos camineros y portadores de oficios y comunicaciones al gobierno de la provincia y de un tribunal á otro. El jefe de los cuadrilleros es, por lo regular, un cabo ó sargento indígena, licenciado del ejército. Su institución no data de más allá de treinta y cinco años, y ha beneficiado grandemente á los pueblos del archipiélago.

Todas las noches, al toque de las nueve, con una *farola* multicolor, de papel, y con *redoblante*, batiendo marcha, se dirigen en correcta formación desde los bajos del Tribunal, que es su cuartel, á la casa del gobernadorcillo á recibir órdenes.

El cuerpo de cuadrilleros está compuesto de un comandante ó capitán, de un sargento, cuatro cabos y cincuenta ó sesenta individuos.



## Palique

El P. Cámara, el famoso prelado de Salamanca que llegó á obispo por orador cursi y bien relacionado, no quiere paz con los cubanos más que á tiros, como ya recordarán los lectores de LA SAETA; pero todavía persigue con más encarnizamiento que á los cubanos... á los catedráticos liberales.

Hace años, se opuso tenazmente á que se enterrara en paz y en gracia de Dios, el cadáver de un ilustre profesor de filosofía que no tenía más pecado que el no opinar como los escolásticos macarrónicos. Ahora, el P. Cámara *decreta* (los apóstoles no decretaban), que no es lícito asistir á la cátedra del Sr. Dorado, profesor de Derecho, porque las doctrinas de este señor son contrarias á las de la Iglesia.

Si aquí hubiera gobierno, y no cobardes aduladores de todas las preocupaciones tradicionales que manejan dinero é influencias, á estas horas el P. Cámara ya habria tenido el correctivo correspondiente por meterse donde no le llaman y relajar la disciplina académica.

¡Está bueno eso de que los obispos aconsejen á los estudiantes que hagan novillos! Porque, es claro que si les dice que no es lícito asistir á la clase del Sr. Dorado, les viene á decir que no deben asistir; predica la indisciplina, la vagancia. ¡Qué más querrán los estudiantes holgazanes que faltar á cátedra... por orden del obispo! Y claro, las *mamás* se darán por satisfechas con la disculpa.

Pero el gobierno debiera tomar cartas en el asunto.

\*\*\*

Y ¿quién le ha dicho al P. Cámara que en la cátedra de Dorado se explican doctrinas contrarias á la de la Iglesia?

El no las ha oído, porque supongo que no habrá ido de oyente á la clase de Dorado.

De que en los libros de ese profesor haya doctrinas heterodoxas, no puede inducir el obispo que en cátedra ataque el dogma; pues puede Dorado, como publicista, exponer todo su pensamiento, y como pedagogo, abstenerse de decir cosas que pueden ser ó no oportunas; y sobre todo se abstendrá, de fijo, de hacer propaganda de sectario en la cátedra, lo cual está prohibido, no por leyes ni obispos, sino por la naturaleza misma de la buena enseñanza, que es para otra cosa.

De modo que el obispo tiene que fiarse de lo que le digan los estudiantes, fundados en sus apuntes. ¡Buenos *apuntes*!

O por malicia, ó por error y torpeza, ó por todo junto, la interpretación que de las ideas de Dorado den los alumnos capaces de ir con esos cuentos al obispo, será equivocada, inexacta, indigna de que en ella se funde toda una protesta episcopal.

El P. Cámara procede de ligero, además de quebrantar la disciplina académica.

Es un hombre antipático, *antievangélico*, que quiere hacer méritos en la carrera, ya que no con virtudes cristianas, que no tiene, con alardes de celo fanático. Por supuesto que no es fanático el P. Cámara; ¡qué ha de ser! Es un cursi que medró en Madrid explotando la imbecilidad de la *crème* hipócrita con flores oratorias de trapo.

A mí no me ha hecho nada; no le conozco personalmente; pero le vengo estudiando hace tiempo, le sigo los pasos y las bobadas escritas, y por lo mismo que amo la religión y respeto al buen sacerdote de Cristo, aunque con absoluta independencia, siento invencible repugnancia ante *celotas* y *saduceos* de este género.

¡Pobre Iglesia española! Mientras en el mundo entero el sacerdocio ilustrado del Catolicismo vive ya en paz la vida de tolerancia civil (no dogmática, que no cabe), y se abs-

tiene de entorpecer la marcha de la ciencia independiente por medios coercitivos, prefiriendo combatir con la ciencia misma, con el estudio, con la convicción, en España todavía tenemos un P. Cámara (¡y ciento!) que echan los perros del fanatismo ignorante y salvaje contra un profesor, por el pecado de ser, en derecho y filosofía, uno de tantos partidarios de ciertas teorías modernas.

Y cuente que yo no pienso como el Sr. Dorado. Creo que sus tendencias positivistas son erróneas, en gran parte.

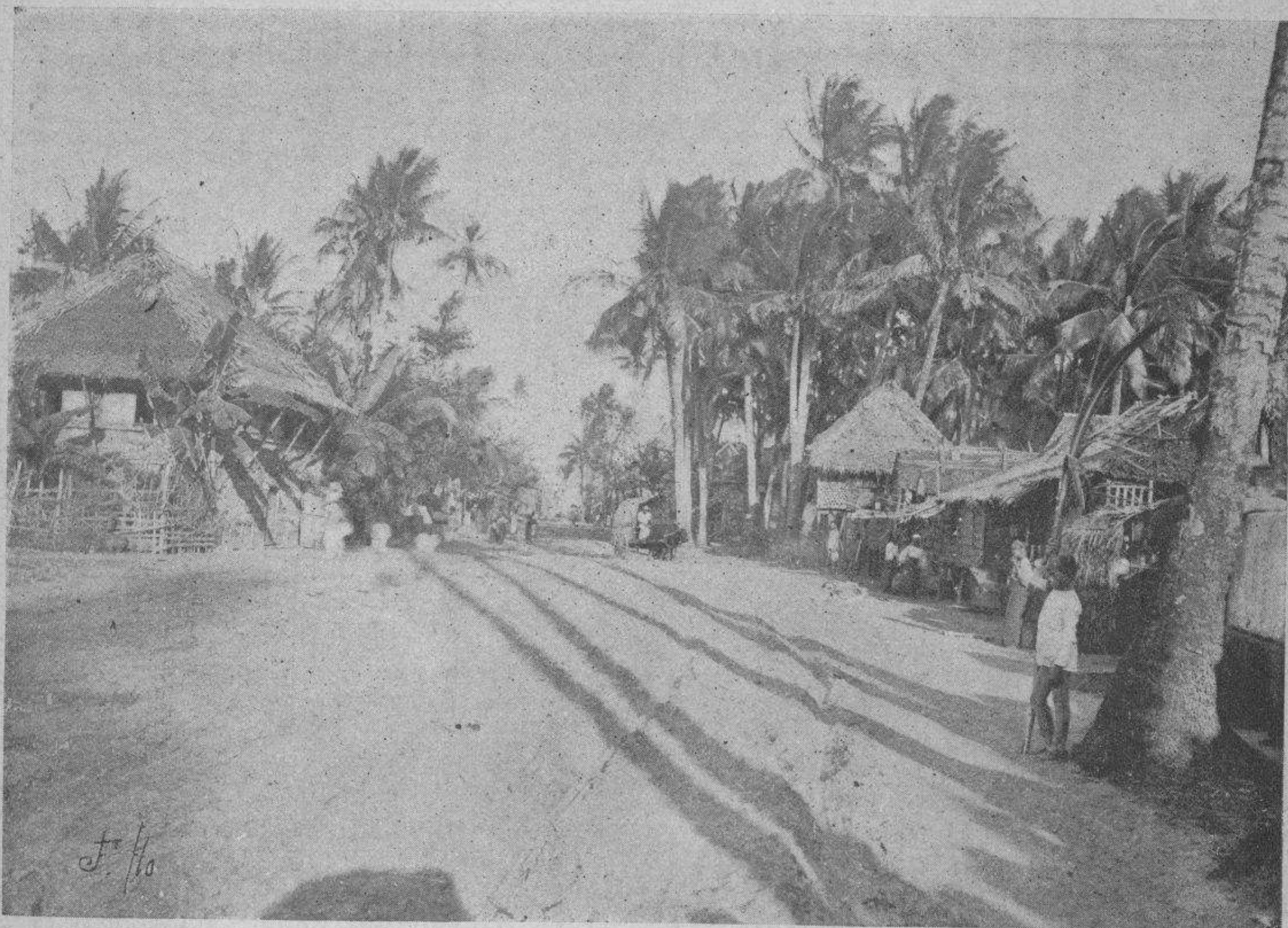
No defiendo su doctrina; defiendo el derecho de la doctrina á la luz, que es para todos. Yo también combato el positivismo, pero no lo tengo por ilícito.

La idea no puede ser ilícita. Sólo son ilícitas las acciones. Se piensa lo que se puede, se hace lo que se quiere. Un ciego no ve; pero no es criminal por eso.

CLARÍN.

---

## FILIPINAS



Paisaje

Fot. de F. Laureano

Este grabado es una muestra de la espléndida y exuberante vegetación del privilegiado suelo filipino, uno de los países más ricos del mundo por su producción agrícola. Apiñada agrupación de cocoteros con sus esbeltas palmas en forma de numerosos abanicos se agitan ondulantes en el espacio; gallardos platanales que con sus anchas é inclinadas hojas prestan sombra á los arbustos y flores para que no se agosten ni marchiten á los fuertes rayos del sol canicular; bongas altísimas, *anahaos* gigantes, y escondidas coquetamente entre el verde follaje poéticas casitas de *bogio* ó de *nipa*.

Bajo los cocoteros ó *cocales*, como allí se dice, y respirando las frescas brisas que en aquellos sitios se respiran, tienen lugar, por las tardes, las grandes *jumeras* de *tubá* y los graciosos *bailoteos* de fandango y *balitao* al son de una tosca guitarra que se llama *guitarra sa tubá*.

*Las mil leguas*, enredadera que trepa los mangales, el corpulento árbol del *ilang-ilang* de eternas flores, saturan de perfumes el ambiente de lugar tan delicioso.

La lujuriosa vegetación del suelo filipino, opinan muchos que es superior á la del mundo americano, cuajado de prodigios y maravillas.



## La bailaora

El tren que sale de Barcelona para la frontera francesa, á las cuatro y media de la tarde, no se detiene en la estación de Gerona más que diez minutos; pero aquel día, el paro fué de algunas horas. Las lluvias habían ocasionado una avería importante en la línea, á algunos kilómetros de la población, y.... no quedaba más remedio que tomar paciencia, y esperar que el tren pudiese proseguir su camino, allá á las primeras horas de la madrugada, según cálculos aproximativos que nos comunicó el jefe de la estación.

—¿Y qué demonios haremos, entre tanto, con nuestros cuerpos?—me preguntó, medio riendo, medio colérico, Sinforoso T., con quien la casualidad me había reunido en el mismo compartimiento.

Sinforoso T. es un apreciable muchacho, rayano en los cuarenta, viajante de una importante casa de comercio, y al cual conocía vagamente por haberle encontrado en distintos puntos, y ser más ó menos amigo de personas más ó menos amigas mías. Poco, ó nada, sabía de su vida: era para mí Sinforoso uno de esos compañeros intermitentes de casino y de paseo, con quienes entabla uno relaciones agradables y superficiales, sin preocuparse en lo más mínimo de ellos, así que han vuelto las espaldas. Cuando nos encon-

trábamos, me alargaba la mano muy afectuosamente, estrechábala yo con la misma cordialidad, platicábamos con frecuencia largo y tendido sobre asuntos de poca monta, y luego nos despedíamos con idénticas demostraciones de simpatía; de esa simpatía social que tan pocas raíces echa en el corazón.

En nuestra *peña* se le quería mucho, por su excelente carácter y lo entretenido de su conversación. Tenía cierto ingenio nativo, había viajado, y seguía viajando mucho; no era chinche ni chocarrero, como muchos de sus compañeros de profesión, y gastaba un buen humor envidiable, mezclado con cierta dosis de melancolía, que de vez en cuando parecía asaltarle, y ponía entonces en su rostro habitualmente apacible y jovial una nube de lívida tristeza. Si en estos momentos de notoria pesadumbre le dirigíamos alguna discreta insinuación, esforzándose en sonreír, y replicaba:

— No hagan ustedes caso..... Son cosas de mi hígado. Todos los hepáticos tenemos días de murria.

Al instalarme en el vagón, había sentido verdadera alegría al ver á Sinforoso sentado enfrente de mí. Nada considero tan fastidioso como un viaje algo largo, sin tener con quien echar algunos párrafos, y como compañero de ruta, T..... no tenía rival. Sobre todo, cuando estaba de buen humor, como lo estaba aquella tarde. A los pocos minutos de estar en marcha el tren, había establecido ya una corriente expansiva entre las cinco ó seis personas que ocupaban el compartimiento, y una charla animadísima se entabló desde la primera estación del tránsito hasta la de Gerona; charla en que llevaba parte principalísima Sinforoso, cuyas ocurrencias é historias, de variado calibre é inagotable manantial, obtuvieron un éxito inmenso.

— Pues, señor, ¿y qué haremos ahora? — volvió á preguntar, así que hubimos salido de la estación.

— La verdad..... no sé.

— Tenemos delante cinco ó seis horas difíciles de pasar. Esta inmortal ciudad no es precisamente de las que brillan por los placeres sin tasa que ofrecen al turista. Sin embargo, pensándolo bien, encontraríamos quizás algún medio de matar el tiempo hasta la salida del tren.

— Pues, ya lo está usted pensando.

— En primer lugar, se me ocurre una idea: la de cenar. ¿No teníamos que hacerlo en Cerbère?..... pues anticipemos el asunto. Cenaremos con toda calma, y este es siempre un medio de emplear decentemente un par de horas.

— ¿Y después de cenar?

— Después, veremos. La mano de la Providencia nos guiará por el camino mejor.

Adoptado este primer acuerdo, nos dirigimos á una fonda, de la cual salíamos una hora más tarde para meternos en un café, en cuyo asilo pudimos matar horita y media más. ¡Y no habían dado todavía las once!

— Podríamos hacer una cosa, — indicó Sinforoso. — La noche es apacible; la luna vierte á chorros sus plateados rayos sobre la ciudad dormida..... ó casi dormida. Es una ocasión única que se nos presenta de visitar las calles de esta heroica urbe de una manera poética.

Echamos á andar, nos metimos por un dédalo de viejas y angostas calles, y al cuarto



de hora de esa excursión pintoresca, hirió de pronto nuestros oídos el rasgueo de una guitarra que acompañaba un taconeo acompasado. Y un momento después, vibró en el silencio de la noche un *jipio* prolongado.....

Doblamos una esquina, y nos saltó á los ojos la mala facha de un cafetín, en cuyos cristales transparentaba la luz interior este aviso en letras mayúsculas:

### GRAN COMPAÑÍA DE CANTE Y BAILE FLAMENCO

—Entremos?—dijo Sinforoso.—Me parece que es la mejor manera de matar otra horita.

—Entremos.

Era el local sucio, destartalado, con escasa iluminación, y concurrencia que armonizaba admirablemente con el sitio. En el fondo una especie de escenario, ó como quiera llamársele, en donde un par de tunos seguían guitarreando y taconeando á más y mejor.

—¿Sabe usted que eso tiene mucho color local?—dijo Sinforoso, á media voz.

Transcurrieron algunos minutos, se levantó uno de los dos prójimos, y se puso á be-rrrear unos cantares insulsos con voz aguardentosa. Aplaudiéronle calurosamente, sentóse el *gaznápiro*, y asomó sobre las tablas una moza, cuya sola aparición provocó una tempestad de aplausos. Era una hembra que debía contar ya sus treinta, morena, ni fea ni bonita, de proeminente seno y soberbia línea de caderas; muy achulapada en todo su conjunto, y con aquel gancho característico que ejerce tanta fascinación en el bestialismo masculino.

Se puso en jarras, torció la mirada, y se arrancó con una de esas danzas flamencas que se reducen á un culebreo lascivo. Y, en tanto la concurrencia acogía con bramidos de entusiasmo esa manifestación del arte hispano-gitanesco, volvíme hacia mi compañero para decirle:

— ¡Vaya! que se despacha bien la moza, y que tiene buenas formas, ¿eh?

Pero no me contestó Sinforoso, y observé entonces que su semblante, rubicundo y jovial, se había puesto excesivamente pálido.

— ¿Se siente usted indispuerto?

— Sí; necesito tomar el aire..... vámonos.

Abandonamos el cafeticho mientras la *bailaora* concluía su danza entre aclamaciones frenéticas, y al encontrarnos en la calle, respiró con fuerza Sinforoso y enjugó su frente sudorosa.

— ¿Se le ha indigestado á usted la cena, amigo mío!

— ¡Cá!..... otra cosa es la que se me ha indigestado, — contestóme con voz alterada.

Y tras un minuto de silencio, mientras proseguíamos nuestro camino, añadió con extraña expresión, entre sardónica y apesarada:

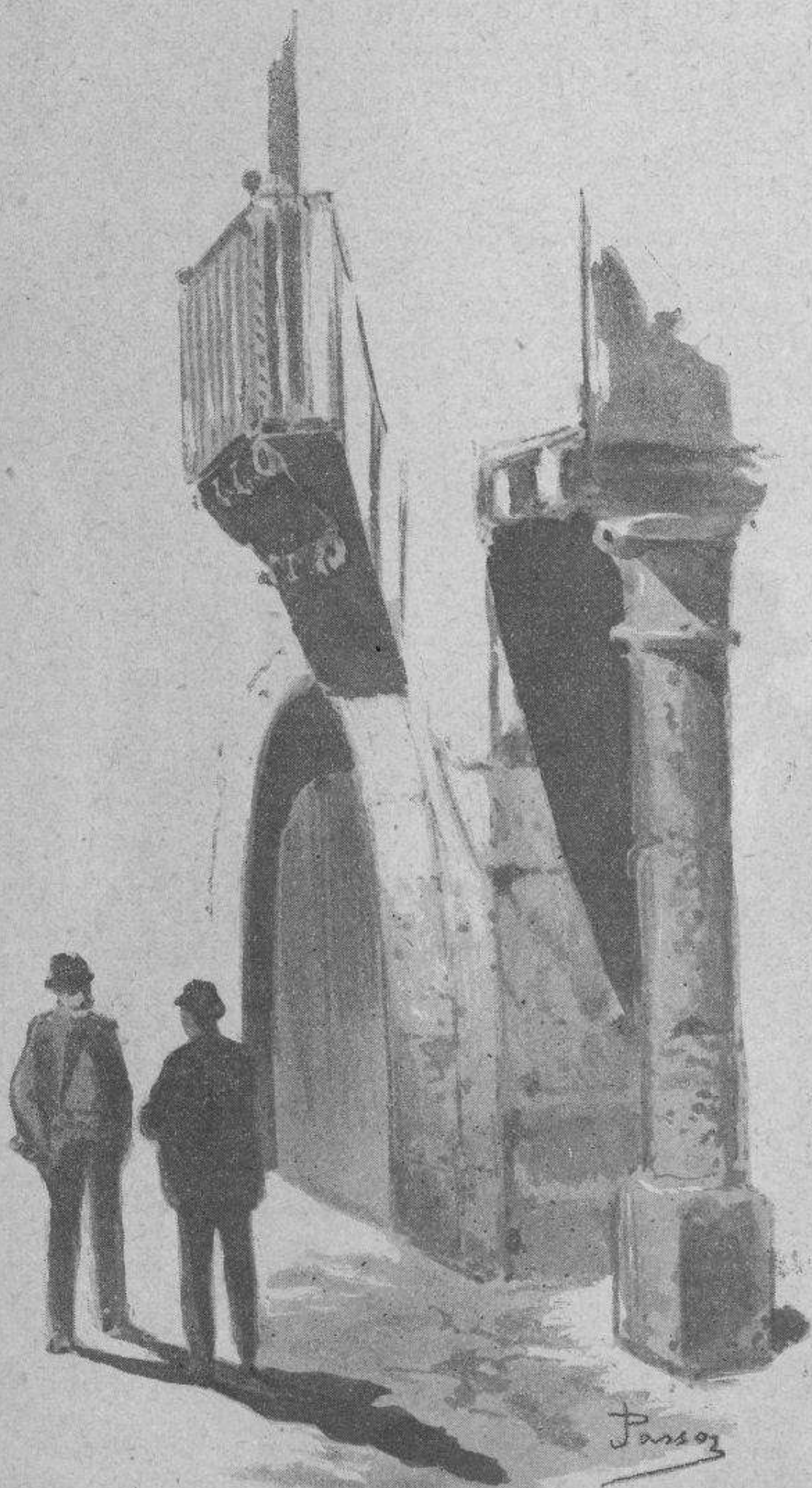
— ¿Sabe usted lo que se me ha indigestado?..... Pues, la vista de esa tía flamenca.

— ¿La conoce usted?

— ¡Qué si la conozco!..... Ya lo creo..... ¡Figúrese usted si conoceré á mi mujer!

— ¡Su mujer!..... ¿La mujer de usted? — exclamé estupefacto. — ¡Cómo!..... ¿es usted casado?

— Hace ya diez años que cometí esa tontería, y cuatro que cometió ella la de plantarme por un barítono de ópera italiana. No la había vuelto á ver, ni sabido nada de ella hasta ahora..... ¡Y qué poco me figuraba yo que mi ex consorte se hubiese dedicado al arte!..... *Bailaora* flamenca, nada menos..... ¡Qué cosas ve uno viajando! ¿verdad?—JUAN BUSCÓN



(Ilustraciones de J. Passos)

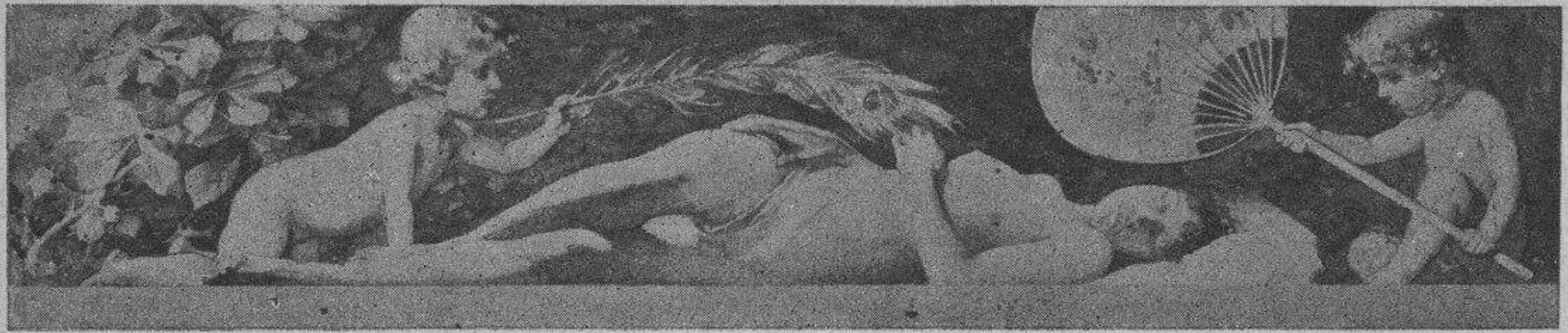
# HOJAS DE ALBUM



## SUIZA



La Suiza con sus elevadas montañas cubiertas de nieves perpetuas, sus ventisqueros y magníficos lagos, sus verdosos valles y su flora tan variada como rica, es uno de los países más pintorescos del Globo. El clima es sumamente variable, según las localidades y las alturas. En las regiones elevadas puede experimentarse un frío siberiano y en algunos valles un calor extremado. La Suiza está regida por un gobierno republicano federal, y ha sabido dar á Europa el ejemplo de un pueblo libre que se gobierna á sí mismo y que va progresando en moralidad y bienestar.



## Las dos almas

—¿A dónde vas, alma mía,  
Hacia ese mundo perdido?  
—A ser alma de un nacido  
La Omnipotencia me envía.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo  
Sigues, ganando la altura?  
—Dejo á uno en la sepultura,  
Y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana,  
Y te hallo al bajar al mundo,  
Dime si es...—Un caos profundo,  
Que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,  
Hermana, bajas ahora;  
Porque vas, siendo señora,  
A ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,  
Sigue en loco devaneo,  
Cada potencia un deseo,  
Y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno,  
Busca el oído armonía,  
El paladar ambrosía,  
E impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma  
Van los sentidos gozando,  
Mientras que á merced, flotando,  
Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,  
Y tan contrarios vaivenes,  
Si el alma delira bienes,  
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,  
Y el alma adorando al cielo,  
Siempre están, en su desvelo,  
Carne y espíritu en guerra.

—Pues si ya, el cielo ganando,  
Dejaste cárcel tan fiera,  
¿Por qué al aire, compañera,  
Vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo  
Seres que también se adoran,  
Y que, al dejarlos, se lloran,  
Cómo al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,  
Y al mundo voy que tú dejas,  
Llevemos, pues, tú mis quejas  
Y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,  
Cuando le muestre tu llanto,  
Muestra mis ayes en tanto  
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde  
De mi cautiverio el día,  
Con Dios queda, hermana mía.  
—Hermana mía, El te guarde.—

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





LOBRICHON



Miseria



## La Careta

Concluyo en este momento de admirar un grabado en acero, copia del cuadro del viejo Brengel, el Belvedere de Viena, representando un combate entre el Carnaval y la Cuaresma, inspirado en un poema que, de no mentir la fecha, se remonta al siglo XIV y lleva la firma del arcipreste de Hita, Joan Roiz. A no ser por esta circunstancia, la proximidad del Carnaval hubiera pasado inadvertida para mí, aun cuando ahora recuerdo que he visto anunciados bailes de máscaras, y al pasar por algunas tiendas me han herido la vista los capuchones y disfraces de múltiples y llamativos tonos que, en apiñados y revueltos montones, formando caprichosos contrastes de colores, como la sucia paleta del pintor, hacen pensar que entre los rasos y los encajes, las cintas y las sedas, hay los mismos cambios de suerte que entre los hombres, que con aquellos harapos, todavía orgullosos por sus chillones matices, aunque mustios y deslucidos por los continuos malos tratos que recibieron, se disfrazan para cambiar de vida por unos momentos.

Inútil, además de monótono, sería hacer una detallada historia de las fases porque ha atravesado la careta, detalle el más característico de las fiestas de Carnestolendas, desde que sólo la constituía el

embadurnamiento del rostro con las heces del vino en las fiestas báquicas, que todavía los poetas ensalzan al citar los orígenes de la tragedia en Grecia, hasta las delicadas de tela y cera que fabrican los venecianos para celebrar sus fantásticas mascaradas.

La careta ha tenido su época ó épocas; pero ahora, en que para decir las verdades no se necesita de ella, como tampoco para los insultos, ni para las perfidias, ni para las buenas acciones, ni para nada, su destierro es inevitable, y los últimos esplendores de su existencia se confundirán con los últimos arlequines, dominós y capuchones que se descosan, á fin de utilizar sus mugrientas telas para dalmáticas de teatro y doseles de coristas y suripantas.

La fabricación de caretas ha producido tanto como produciría al que inventara un elixir para matar el *spleen*.

Hasta 1770, Italia gozó del monopolio en la fabricación de caretas; mas á poco Francia, en 1779, tuvo también en París una gran fábrica de estas fisonomías de cartón, tan imperturbables como algunas humanas.

Como en este mundo la locura es tan convencional como la felicidad, no puede extrañarnos que la careta haya logrado para muchos felicidades sin cuento. Después de todo, si la dicha no es más que el engaño de una deidad que nos convence de que ha penetrado en nosotros, y no hace sino revolotear con sus alas de armiño en torno nuestro, ¿por qué un traje de emperador, de magnate ó poderoso no ha de ser el disfraz exterior que nos proporcione la ventura interna?

La coquetería femenina, buscando un medio de amalgamar la ilusión que produce un rostro cubierto y la exhibición de los encantos que la diosa de la juventud y la primavera ha colocado en el rostro de las mujeres, ha producido el antifaz, y sobre todo, el antifaz negro.

Este, dejando libre la parte inferior del rostro, donde cascadas de perlas tienen su asiento en entreabiertas grutas de corales, y cubriendo con su aterciopelada superficie las sonrosadas mejillas por donde tantas veces corren lágrimas de alegría ó de tristeza, semeja una nube preñada de oscuridades, detrás de las cuales existen cielos donde dos luceros fulguran con brillo subyugador.

Donde este mágico efecto del antifaz puede apreciarse en todo su valor, es en los bailes de máscaras.

Juntad todos los brillantes colores de la paleta del pintor malogrado, que se llamó Fortuny; todas las armonías con que puebla el espacio la cadenciosa música de los versos de Zorrilla; reunid en una sola todas las fantasías que á los poetas alemanes han inspirado las tradiciones del Rhin; encerrad en un estuche dorado todos los múltiples reflejos de las esmeraldas y los diamantes del más aristocrático joyero; juntad en amoroso lazo la alegría que produce la argentada espuma del Champagne y las hirvientes oleadas del Jerez, y con todo ello, formando torbellino embriagador, sobre el que flotan los espíritus que inspiraron sus valeses á Strauss, Metra, Farbach y Watenffel, se tendrá una idea aproximada de lo que es un baile de máscaras, donde si los rasos, las sedas y los encajes, forman su nota fascinadora, el antifaz constituye la interesante.

No hay mujer fea con antifaz, y ellas, que lo saben, le prefieren á la tosca careta, cuyas asperosidades tan mal se avienen con la suavidad de los rostros femeniles.

Las caretas y los antifaces han jugado papel importantísimo en las producciones dramáticas de todas las épocas, en las políticas y hasta en las criminales. El abuso que de ellas se hacía en París, sobre todo antes del año 1835, originó que el 25 de Febrero de éste se reglamentase el uso de la careta y el antifaz; reglamento que todavía hoy mantiene en todo su vigor la autoridad municipal de París.

Lope de Vega encontró en la *máscara en que salió S. M.*, motivo para escribir su delicioso soneto, que empieza:

«De azules rayos coronó la frente  
Febo, á los ojos de su misma aurora.»

Calderón escribió, con el motivo que su título indica, su entremés *Las Carnestolendas*; Gavarni un libro sobre *La máscara y las caras*; Tuzelier y Mondoville la ópera *El Carnaval del Parnaso*, y todo el mundo conoce *El Carnaval de Venecia*, letra de Regnard, puesta en música por Campra, lo mismo que ha aplaudido *Los dominós blancos*, de Eusebio Blasco, ó Mondragón.

Las caretas de hierro que acompañan á los floretes, no deben mezclarse en esta relación.

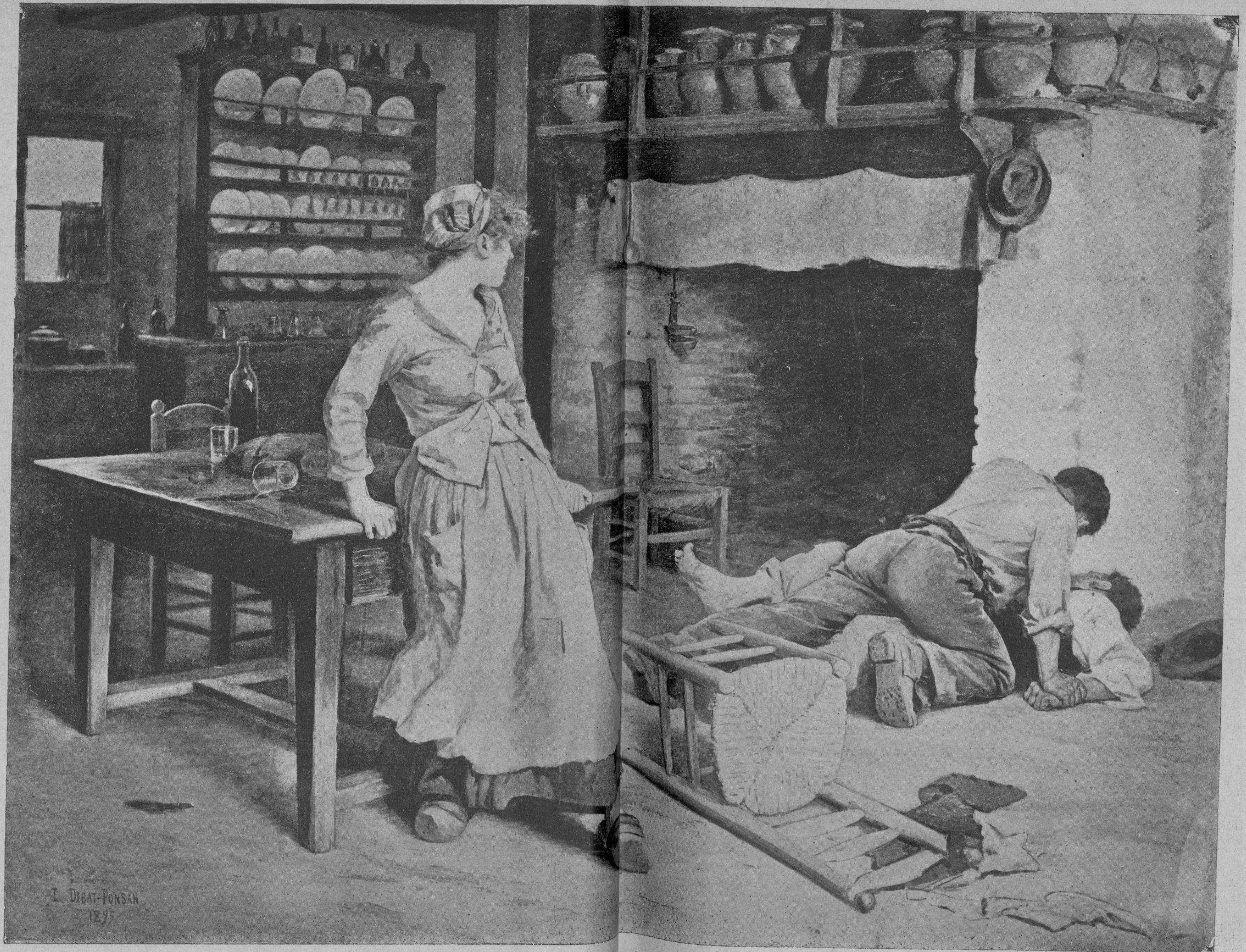
El género aristofanesco, que tanto gusto ha dado durante una larga temporada, creó las caretas políticas, en las que, á decir verdad, sólo la mala intención de algunos descubriría parecido entre el personaje representado y la careta que, queriendo denunciarle, sacaba á escena el actor.

Sin embargo, la careta será siempre respetada, por ser el símbolo de la comedia, que desde su nacimiento en las bacanales tanto ha progresado y tantos días de gloria ha dado al teatro nacional.

Su desaparición tendría que coincidir con la de la lira; y la lira vivirá mientras haya sentimiento.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.





E. DEBAT-PONSAN  
1875

Los dos gallos



En el teatro

### Cantares populares

Tienes unos ojos, niña,  
que si los dieras á empeño,  
no faltara quien te diera  
el veinticuatro por ciento.

Tiene mi calabocito  
ventanitas á la mar,  
para ver á mi morena  
cuando va al río á lavar.

Por amar á un serafín  
olvidé á un hermoso cielo,  
dos glorias no puede haber,  
volvamos á lo primero.

Por la calle abajo va  
Ana vihuela brillante,  
y la prima va diciendo:  
—Antes muerta que olvidarte.—

Echele usted á mi caballo  
hojitas de limón verde,  
que es posible que algún día,  
serrana, de mí se acuerde.

Qué triste y qué macilenta  
esta la luz de mis ojos,  
¿con qué la consolaré,  
que se me vaya el enojo?

San Francisco, por humilde,  
tiene su cuerpo llagado,  
y yo tengo, por tu causa,  
el corazón traspasado.

Si encuentras á la que sabes  
dila que suspiro y lloro,  
dila que vivo muriendo  
por lo mucho que la adoro.

A San Antonio le pido  
y no me lo quiere dar,  
el niño que tiene encima  
que me acompañe á llorar.

A la mar fuí por naranjas,  
cosa que la mar no tiene,  
metí la mano en el agua,  
la esperanza me mantiene.

ECHTLER



¡Yo que amaba tanto!...



Los postres

Cuando Pepe Urquiza asegura en el club que tiene cuarenta años, nadie le da crédito: si añade que desde hace catorce está viudo, todos se le ríen: y al tratar de persuadir á sus amigos de que ya le han pedido en matrimonio á una hija suya educanda de un colegio en Orleans, y joven como un perro viejo, ó sea de tres lustros y veinte centavas partes de quinquenio de edad, los que le escuchan se ponen serios como cuando se encuentra que una broma es demasiado pesada.

Y sin embargo, nada es tan cierto como lo que dice Pepe. Casado entre niño y hombre, y viudo entre hombre y padre, está amenazado con ser abuelo en el apogeo de una virilidad con todas las apariencias de la juventud.

Porque la naturaleza es así; tiene sus simpatías y sus antipatías, circunstancia que de la madre hemos heredado todos sus hijos; y del mismo modo que el imán atrae al hierro, el perro detesta al gato, el macho solicita á la hembra y el marido huye de la mujer, la naturaleza se ensaña con el hombre feo para vengar en él sin duda su falta de habilidad al construirlo, y mimaba al guapo por la sola razón de que se lo aplauden.

Pepe le salió lo que se llama un buen mozo y se iba paseando por el mundo, con esa carta de recomendación llamada la hermosura, que la madre común firma á sus favoritos. Le puso maestro de equitación y á los pocos meses era un centauro; le enseñó música y lo tuvo que dejar un peldaño por debajo de lo sublime por compromisos contraídos anteriormente con Gayerre y Sarasate; en pintura era un prodigio y en sociedad el amigo de las mujeres y el niño mimado de los hombres. Por si algo le faltaba, le envió una pulmonía á un tío suyo estéril, para que el sobrino heredase su título de marqués y sus pingües rentas. Le había parecido poco la carta de recomendación y le dió otra de crédito.

Con tales antecedentes nadie encontrará extraño que una criatura llena de atractivos como Lola Aznar estuviese perdidamente enamorada de Pepe Urquiza.

Veinte años, viuda, sin hijos, duquesa, rica, hermosa y honrada, he aquí su filiación.

¿Correspondía Pepe á su cariño? Todo el mundo lo creía así, hasta el punto de que los íntimos de la duquesa la saludaban con esta frase sacramental:

—¿Cuándo es la boda?

La misma interesada viéndose objeto, no ya de las atenciones, sino de la preferencia del marqués, llegó á dar oídos á sus propios deseos y cada día al levantarse se preguntaba:

—¿Hablará hoy?

Nada de eso.

Pepe proseguía en su invariable tema de distinguirla entre todas las mujeres, de no ocultarle con los ojos cuán honda era la herida que en su corazón había abierto hermosura tan perfecta y virtud tan acrisolada; pero hablar, espontáneamente, decidirse, poner en claro la situación, ni á tiros, á pesar de las descargas cerradas de que Lola le hacía blanco.

La duquesa llegó á imaginar que aquel hombre era refractario al matrimonio y que sólo buscaba en ella la satisfacción de los sentidos. Semejante idea la humillaba; pero como el concepto que tenía formado de Pepe era tan elevado, prefirió la realidad á la duda, á fin de poderle odiar por convicción, en vez de seguirle amando con salvedades.

Principió, pues, á trueque de lastimar su pudorosa condición, por estrecharle la mano cuando le saludaba con esa solicitud que nunca se permite la simple amistad. Pepe palidecía de reconocimiento y de satisfacción, sentimientos

que la mujer enamorada no confunde con otro alguno; pero retiraba la suya al instante como con remordimiento.

Si en el curso de la conversación sus pies se rozaban por accidente, previsto como es de inferir por una de las partes, Pepe se ruborizaba y abría el ángulo retirando su asiento para evitar reincidencias.

Una noche de baile se encontraron solos en un salón-estufa. Lola, destacándose en medio de aquella culta selva de plantas de los trópicos, estaba hermosa como una tentación. Ambos se miraron sin articular una frase, aunque cantándose todo un poema. De repente, y como desechando una idea, Pepe retrocedió y se dispuso á salir.

—¿Se va usted?—balbuceó ella.

—Sí; porque no hay nadie con nosotros—repuso él—y desapareció.

La conclusión fué persuadirse la duquesa de que Pepe era el tipo del perfecto caballero y amarle con más vehemencia que antes.

—Pero entonces—se preguntaba la infeliz enamorada—¿por qué se obstina en su silencio? ¿Es tímido? No; mil pruebas tiene dadas de lo contrario. ¿Hay alguna diferencia en nuestras respectivas situaciones? Tampoco; libres somos ambos, nobles los dos, y uno y otro suficientemente ricos para no tener que pararnos á contar nuestra fortuna. ¿Será que no le gusto lo bastante? ¿Le habrán dicho mal de mí?—pensó dando cima á sus reflexiones con la última objeción que se le ocurre á una mujer bonita y buena.

Y como el que ama no carece jamás de un confidente, Lola dió á una antigua compañera de colegio la misión de desvanecer ó confirmar sus sospechas con recursos diplomáticos. La embajada tuvo un resultado satisfactorio: Pepe Urquiza estaba apasionado de la duquesa, tanto por su virtud como por su hermosura.

Y sin embargo, callaba.

—¿Tendrá algún devaneo? ¿Le unirá á otra uno de esos lazos que no por más ocultos son menos inquebrantables?—se decía.

Y allá iba el viejo mayordomo que la vió nacer, inquiriendo de los criados la vida privada de Pepe, limpia como el armiño y reluciente como esos espejos que en el culto de Budha simbolizan la pureza.

Con los obstáculos crecía el amor y se multiplicaban las hipótesis.

—¡Necia de mí!—exclamó la duquesa una noche en que Urquiza, habiéndose dejado arrastrar más que de costumbre por el irresistible encanto de la viudita, había, no obstante, recogido velas con una resolución más brusca de lo que podía esperarse de su cortés condición.—Ya lo comprendo todo: me ama, daría su existencia por mí; pero tal vez una promesa hecha junto al lecho de muerte de su esposa, de no pertenecer á otra mujer alguna, amordaza su pasión. ¡Hay criaturas tan exigentes!

Y al día siguiente era á un primo suyo á quien confiaba el delicado encargo de penetrar en la agonía de una moribunda. La solución del problema era siempre la misma: ni juramentos *in extremis*, ni compromisos vitalicios, ni escrúpulos monjiles; nada existía que pudiera oponerse á su ventura.

La situación era insostenible para un carácter impaciente y una imaginación exaltada como los de Lola. Su sorpresa no reconoció límites cuando llegó á su conocimiento que el marqués se marchaba á establecerse en Orleans al lado de su hija; noticia que vió confirmada en el anuncio de venta del hotel que Pepe habitaba en Madrid.

Decididamente huía de ella. ¿Pero por qué?

Esto es lo que Lola se resolvió á inquirir por sí misma; y tomando por pretexto la adquisición de la casa y por ende la necesidad de visitarla, se personó en casa de Urquiza en sazón que su enigmático amante se entretenía en embalar su artístico museo.



El vino



Lo que debieron decirse júzguelo el lector con sólo pararse á meditar de lo que es capaz una mujer perdidamente enamorada de un hombre que paga su afecto con un sentimiento tan equidistante del cariño como del desdén: puede soportar el desengaño; jamás la duda.

Hablaron, pues, ella con claridad, él con reticencia.

De pronto Lola dió un grito, y apoderándose de una preciosa miniatura que había encima de la chimenea:

—¿Quién ha hecho este retrato?—preguntó con mal reprimido gozo al ver reproducidos tan fielmente sobre el marfil los correctos trazos de su cara.

—Yo, señora—tartamudeó Pepe como el criminal que es sorprendido infraganti.

—Y bien, Urquiza—arguyó ella resueltamente;—el hombre que me distingue con sus preferencias, que me aprecia en todo lo que valgo por mi virtud y más de lo que merezco por mis atractivos personales, que es capaz de arrancar á la naturaleza por la sola fuerza de la simpatía esta notable copia, ¿puede negar que me ama? Y si me ama, ¿por qué no me lo dice?

Aquí Pepe se puso pálido como un cadáver, y armándose de resolución:

—Sé que voy á hacerle á usted mucho daño—dijo;—pero callar por más tiempo sería un refinamiento de crueldad. La adoro á usted con delirio; pero no puedo hacerla mía, porque.....

—¿Por qué?

—Porque los sentidos, Lola, tienen su pudor; y por un sarcasmo de la naturaleza, lo que más debiera espolear mi deseo, la hermosura de usted; es lo que despierta en mí precisamente pensamientos más puros.

—No entiendo—interrumpió la duquesa notando que al borde de un abismo pendía el último apoyo de la esperanza.

—Pues bien, señora; una sola palabra le dará á usted la clave del enigma: ese retrato no es el de usted.

—¿Pues de quién—gritaron los celos.

—De mi hija.

Lola quedó anonadada, y un mundo de revelaciones se abrió á su imaginación. Muda y silenciosa transpuso la estancia; pero al llegar á la puerta no pudo dominarse y rompió á llorar.

—¡Qué injusta es la naturaleza!—exclamó.

—¿Por qué?

—Porque..... por más que lo busco, no puedo encontrar en usted parecido con mi padre.

ENRIQUE GASPAR.

---

## El sueño bajo el rosal

Ave del cielo, alma mía,  
¿Por qué no te oigo cantar  
Al par de las dulces mirlas  
Que habitan el bejucal?  
Es la estación de las flores,  
Perfumado el aire está,  
Suspiran las hojas verdes,  
Murmura azulado el mar,  
Se alejan los chupa-mirtos  
Y tú á seguirlos no vas,  
Ni en los espejos te miras  
Del arroyo de cristal.  
Dí qué tienes, niña hermosa,  
Cuéntame, mi bien, tu afán;  
¿Por qué en mitad de tu sueño  
Te sueles, niña, quejar?  
Ya al alba no te despiertas  
Con devoción celestial  
Para llevar ramilletes  
A la Virgen del altar.  
Ya de tu arpa melodiosa  
Flojas las cuerdas están.  
Ya en mis rodillas no juegas,  
Ni rezas al despertar.  
A través de los senderos  
Del prado, en silencio vas,  
Suelos al aire tus rizos,  
Descompasado el andar.  
Te he sorprendido llorando...  
Cuéntame, mi bien, tu afán,  
Visión del cielo que alumbras  
Mi marchita ancianidad,  
Paloma de mis ensueños,  
Mi azucena virginal.  
—Es este afán, abuelita,

Que devorándome va,  
Vago deseo sin nombre,  
Desconocida ansiedad,  
Pues río á veces sin causa,  
Lloro y suspiro á la par;  
Paso las noches en vela,  
Me hallan los días sin paz,  
Y me causan sobresalto  
Una hoja al caer no más,  
El aleteo de un ave,  
Las hondas al murmurar.  
Leyendo ayer á la sombra  
De aquel florido rosal  
Llegué á quedarme dormida  
Y soñé... ¡no lo creerás!  
Soñé un apuesto doncel...  
¡Más atrevido y galán!  
De ojos negros... chispeantes...  
De altivo y donoso andar...  
De rizada cabellera  
Y melancólica faz.  
Sobre el césped sus pisadas  
Sentí temblando sonar...

Mañana, abuelita mía...  
¿Por qué ya no lo será?...  
Bajo ese arbusto oloroso  
Iré al jardín á soñar.  
—¡Dios te libre de esos sueños!  
¡Son sueños de Satanás!  
—¡Ay, Jesús! ¿qué es lo que has dicho?  
Sueños de... ¡abuelita!... ¡Bah!  
—Tentó Luzbel tu alma pura.  
—¡Qué hermoso tiente Satán!

AURELIO LUIS GALLARDO.

A. TABAL



A. Tabal

Baile de máscaras

# El rey Alejandro

## I

Un cura de gran sabiduría podría decirnos cuántos años han transcurrido desde que Alejandro (tercer rey de este nombre) ocupó el trono de Escocia, y la época en que vino á buscar á sir Hugo, señor á la sazón de esta comarca. El lord de Gifford era valiente, como no lo fué nunca caballero alguno, y jamás hubo tampoco mago que operase encantos más poderosos á la hora de la media noche. Su nombre se repite aún en algunas antiguas baladas, que le señalan como fundador de la caverna de los Espíritus. Bien quisiera que una residencia larga en Gifford os permitiese ir á visitar la caverna. Es vasta, profunda y situada bajo las bóvedas del castillo. Al ver la manera como está cortada en la roca y la forma de sus arcadas, se comprende fácilmente que la mano del hombre no intervino nunca en esta construcción. Todo fué obra de hechicería, y muchas veces le he oído referir á mi abuelo que la gritería espantosa y los cantos de los artistas infernales que trabajaban á las órdenes de Hugo el Mago, se asemejaban á la voz mugidora de las olas que luchan en las cavernas de Dumbar.

## II

El rey vino á buscar á lord Gifford en su castillo. Atormentábale la incertidumbre

porque había reunido sus tropas en las costas, al saber que los navíos de los noruegos y de los dinamarqueses movían sus remos hacia la desembocadura del Clyde. El terrible Hacón había reunido bajo sus banderas á los guerreros de Noruega, que, orgullosos de sus gigantescas fuerzas, amenazaban á Escocia y á las islas de Bute, Arrán, Cumingan y Kyle.

Lord Gifford oyó desde el fondo de su caverna el cuerno del rey Alejandro, y corrió á su presencia, sin haber tenido tiempo para quitarse su extraño y horrible traje. El forro de su manto era de piel de zorro blanco; cubría su cabeza calva y arrugada un bonete puntiagudo como esos que pintan á los magos de Faraón; sobre los zapatos se veían cruces y emblemas mágicos; el pentaclo cubría su pecho; el cinturón era de pergamino virgen, ó como pretenden algunos, de la piel de un hombre muerto, y estaba adornado de signos planetarios en movimiento directo ó retrógrado, en trino ó en conjunción; por último, su mano empuñaba una espada.

## III

Sus frecuentes relaciones con el infierno habían surcado su frente de extraordinarias arrugas; las noches en vela y los ayunos habían secado su cuerpo; su mirada turbábase á la luz de los cielos, como poco acostumbrada á aquella claridad, y hasta sus mismos criados no se atrevían á levan-

## BAILE DE MÁSCARAS



—Y aquellas dos máscaras azules, te han dado algún bromazo?  
—Sí; se me han llevado el reloj!...



—Bueno, pero antes de cenar... (quitándose la careta) págeme usted la cuenta!...  
—¡¡Un inglés!!

tar los ojos en su presencia cuando llevaba aquel traje, porque la tradición cuenta que raras veces se presentaba así á la luz del sol.

«Ya sé, dijo con voz ronca y cascada; ya sé el motivo que guía á mi príncipe á estos lugares; evitaos el trabajo de decírmelo, y sabed que inútilmente esperáis que os diga los secretos del porvenir. Sin embargo, si vuestro brazo es fuerte y vuestro corazón decidido, el valor podrá más que mi ciencia.

#### IV

Los demonios orgullosos y fieros de las regiones medias del aire que viajan sobre las nubes tempestuosas, saben leer el porvenir en una estrella fija ó errante, pero no prestan el auxilio de su sabiduría más que á una fuerza superior á la suya. A uno de esos demonios he consultado últimamente, y aunque los encantos que pongo en juego son capaces de ir á turbar el infierno en sus abismos más oscuros, el rebelde espíritu se ha obstinado en su silencio. Pero vos que ignoráis vuestro privilegio, vos que nacisteis en aquella noche de vergüenza para el infierno, cuando las tumbas entreabiertas y las voces de los moribundos proclamaron su derrota, obtendréis por el valor lo que se ha negado á mi ciencia».

«Gracias, contestó el valeroso monarca;

sólo te pido que me pongas en presencia de ese adversario, y te juro por esta espada, regalo de Ricardo, Corazón de León, que sabré obligar al demonio á obedecerme.»

El mago contempló el seguro continente del rey, y, prendado de su valor, continuó de esta manera:

«La sangre de Malcolm ha hablado. Saldréis de aquí esta noche á las doce, y cuando lleguéis á la colina que se destaca ahí enfrente, descubriréis una muralla circular que corona la cumbre. En la parte que mira al Sur hay una puerta; deteneos delante, tocad el cuerno y aparecerá el demonio bajo la forma de vuestro más cruel enemigo; enristrad la lanza, espolead el caballo, precipitaos sobre el fantasma invocando á San Jorge, y si conseguís hacerle saltar de la silla, lograréis que os descubra cuanto deseáis saber; pero si os llega á faltar el valor durante la refriega... no respondo de vuestra vida.»

#### V

En cuanto el reloj sonó la media noche, señal de su partida, salió el rey en su caballo y bien armado. Llega al límite del antiguo campo y se le ve cruzar la aldea por el lado izquierdo. En otro tiempo señalaron los Pictos el camino con su sangre. Los al-

### BAILE DE MÁSCARAS



—Muy bien, querido yerno, usted aquí en el baile y su mujer, mi pobre hija, en casa con su primo, que ha hecho el sacrificio de hacerle compañía.



—Venía resuelta á dar un bromazo á uno, que no ha venido, pero no importa; tú me convidarás á cenar!

rededores están secos y áridos, pero el interior de la fortaleza se halla tapizado de frescas yerbas. Nuestros hijos conocen perfectamente aquel lugar, porque en él cogen las primeras flores silvestres de la primavera; pero ¡desgraciado del viajero extraviado que penetra allí durante la noche! La muralla tiene un espesor que equivale al tiro de un arco; cuatro brechas, abiertas á las cuatro regiones del cielo, le dan acceso; el rey penetra por la del Sur, se detiene, y toca valerosamente su cuerno. En seguida adelanta hacia él desde la parte Norte el rey de Inglaterra, que á la sazón se encontraba á más de mil leguas, peleando en Tierra-Santa. Sus armas eran las de la Gran-Bretaña; en su escudo brillaba el leopardo, y el caballo que montaba era asirio. Su estatura era la de Eduardo. Desgraciadamente Escocia supo más tarde que aquel príncipe era su más cruel enemigo.

## VI

La aparición hizo temblar en los primeros momentos á nuestro monarca; pero su noble corazón se sobrepuso á todo temor y los dos caballeros cayeron el uno sobre el otro. Al primer choque el caballero fantasma rodó por el polvo con su corcel, pero un rápido movimiento de su lanza atravesó la visera de Alejandro, hiriéndole ligeramente... El rey saltó á tierra, y amenazando al vencido demonio con su espada, le obligó á manifestarle cuál sería el resultado de la campaña. En seguida vió las gloriosas llanuras de Largs, cubiertas de huesos gigantes, testigos de la derrota de los dinamarqueses, y se vió asimismo en lo más recio de la pelea agitando el hacha y derri-

bando de su carro al orgulloso Hancón, mientras los negros cuervos de Dinamarca revoloteaban alrededor de sus fantásticos reyes.

Hay quién asegura también que en aquella noche memorable, vió Alejandro muchas más cosas del porvenir y supo las victorias prometidas á nuestros descendientes contra los pueblos del Norte; vió una ciudad real entregada á las llamas; sus abrasados palacios y sus inflamadas torres, iluminaban el cielo de la noche como antorchas del incendio, mientras los vencedores llevábanse en triunfo los bajeles. Consultad sobre esto á los curas inteligentes, porque para nosotros, pobres aldeanos, traspasa los límites de la razón.

## VII

Satisfecho de tan felices presagios, el rey púsose á la cabeza de sus ejércitos; luchó con los dinamarqueses y los venció; pero todos los años, cuando llegaba la noche de su extraño combate con el espíritu, brotaba la sangre de su herida, causandole un ligero dolor. Lord Gifford decíale entonces sonriendo: «Por muy valiente que hayáis sido, lleváis el sello de haber temblado.»

Hace ya largo tiempo que el rey de Escocia duerme en la iglesia de Dumferline. ¡La Virgen santa proteja su reposo!

Aun está el campo abierto para la pelea en lo alto de la colina, á todo buen caballero que quiera luchar con el fantasma. Muchos se han presentado, pagando cara su temeridad. Sólo Wallace y Gilberto Hay, dice la leyenda, que han salido vencedores en la lucha.

WALTER SCOTT.

---

## A ella

Treinta días crueles he pasado  
sin verte, hermosa mía,  
y durante ese tiempo, malhadado,  
no habrás tenido, un día  
tan sólo, á mi recuerdo consagrado.

—  
¡Cuán dichoso yo fuera,  
si pensaras en mí!  
Pero nunca será de igual manera  
como yo pienso en tí,  
con todo el corazón y el alma entera!

De noche entre las sombras ¡bien te veo!  
en la radiante luz del pleno día  
¡con tu divina imagen me recreo!

Y, en mi loca porfía,  
si en tu amor no creyera, como creo,  
si de esperar dejara  
que alguna vez me amases... me matara.

Pero, al matarme yo ¿qué mataría?  
si del incendio llevo los despojos,  
si me has quemado el alma con tus ojos.

PEDRO GAY.

## Explicación de los grabados

¡MISERIA!—No se sabe qué admirar más en este precioso cuadro, si la corrección del dibujo, la pureza de la línea, ó el sentimiento que la composición rebosa. El rostro demacrado y ojeroso de la madre delata el hambre y los sufrimientos morales; la niña nos dice en su ceño contraído y pensativo que ya ha aprendido á sufrir, y quizás á reflexionar sobre su triste suerte, en esa edad que debiera ser siempre venturosa y en la que no habrían de hacer mella las tristes desigualdades humanas. El niño que duerme tranquilamente en el regazo de su madre, no está en edad de sentir ni comprender esos grandes dolores morales que trae consigo la miseria, pero sí las molestias y los dolores físicos de la indigencia. En ese grupo conmovedor hay un sello de piedad y resignación, que es el único patrimonio de los pobres, que lo esperan todo del Cielo, donde Dios ha de compensar los sufrimientos de la tierra con la gloria eterna del Paraíso.

LOS DOS GALLOS.—Es un cuadro lleno de realismo, de un realismo brutal si se quiere, de una verdad algo pedestre y repugnante, pero magistralmente ejecutado. Son dos hombres rudos, dos hombres de la naturaleza, dominados por la materia con sus instintos carnales. Son dos machos y una sola hembra. La lucha es necesaria. La actitud de ella se prestaría á un largo estudio psicológico. No grita, no trata de separarlos, no se opone á la refriega. Está asustada y ansiosa á la vez. Parece que el espectáculo la impresiona, pero no la conmueve. En su actitud, pare-

ce demostrar que cualquiera que sea el vencedor, obtendrá el lauro de su mano.

EN EL TEATRO.—No tiene realmente asunto este cuadro. Es un pretexto para pintar una cabeza hermosa y un busto elegante.

En realidad, ha conseguido su objeto el artista, si bien de un modo algo convencional y amanerado.

¡YO QUE AMABA TANTO!—Es todo un poema de amor. Los desengaños amorosos, tal vez la muerte del sér amado le llevó sin vocación al retiro del claustro y á la vida contemplativa. El espectáculo de la felicidad de dos amantes hace revivir en su alma mal dormidos recuerdos, y la herida de su corazón, aun no cicatrizada, mana sangre otra vez. Ensimismado, absorto, perdido por un momento el dominio sobre sí mismo, sin reflexionar que le miran y observan, se deja arrebatarse por su dolor más profundo y lleva ambas manos á los ojos para enjugar una lagrima ardiente que asoma á ellos.

EL CARNAVAL DE LAS PENSIONISTAS.—El asunto de este cuadro se explica fácilmente. En un colegio de pensionistas se va á dar una fiesta de familia en día de Carnaval. Las jóvenes están últimando su *toilette* muy ufanas y atareadas, y lucen trajes diversos, caprichosos y elegantes. Es una tregua á las reglas severas del colegio, un día de expansión y alegría, para volver después á los estudios y á las labores y á los ayunos y alrezo de la Cuaresma.

J. WEISER



El carnaval de las pensionistas



Un médico muy distraído va á visitar á uno de sus clientes, que padecía del estómago.

Al subir la escalera, pregunta al criado:

—¿Cómo está el señor?

—Se lo han llevado al campo santo.

—¡A Vichy, á Vichy es á donde le conviene ir!



Un individuo no puede pagar al casero los muchos meses de alquiler que le debe.

—Para que vea usted si soy generoso y considerado, dice el casero, echo al olvido la mitad de la deuda.

—Pues yo no quiero ser menos que usted, replica el deudor, y olvido la otra mitad.



Hablábase de edades, y preguntaron á un sujeto cuántos años tenía:

—Yo treinta y cinco, dijo. ¿Y usted?

—Cuarenta, soy el más viejo.

—Ahora sí, pero de aquí á cinco años tendremos la misma edad.



Las mujeres sólo son algo, cuando nada son los hombres.

*Chaumette.*

La fealdad es lo único que puede garantizar la virtud de las mujeres.

*Séneca.*

Por malicioso que sea un hombre, nunca dirá de las mujeres tanto bien, ni tanto mal, como el que piensan ellas de sí mismas.

*Balzac.*



La mujer y las flores  
Son parecidas:  
Mucha gala á los ojos,  
Y al tacto espinas.



Un reo de muerte solicitó el indulto, y le fué negado.

Apenas lo supo, pidió que le permitieran sangrarse.

—¿Por qué? le preguntaron.

—He oído decir, respondió, que á veces una sangría salva la vida, y quiero probarlo.



Gedeón enseña á su hijo una lámina que representa el Coliseo romano, y le dice:

—Los antiguos nos aventajaban en todo. Ningún arquitecto moderno ha construído nada que haya podido resistir tantos siglos.



Un sastre envía á su aprendiz á cobrar una cuenta á un mal pagador.

Cuando vuelve el muchacho, le dice el amo:

—Apuesto cualquier cosa á que ese hombre te ha recibido muy mal.

—Al contrario. Le ha gustado tanto mi visita, que me ha dicho que vuelva.



En una tienda de caza:

—No hablemos más; le dejaré á usted este par de faisanes en tres duros.

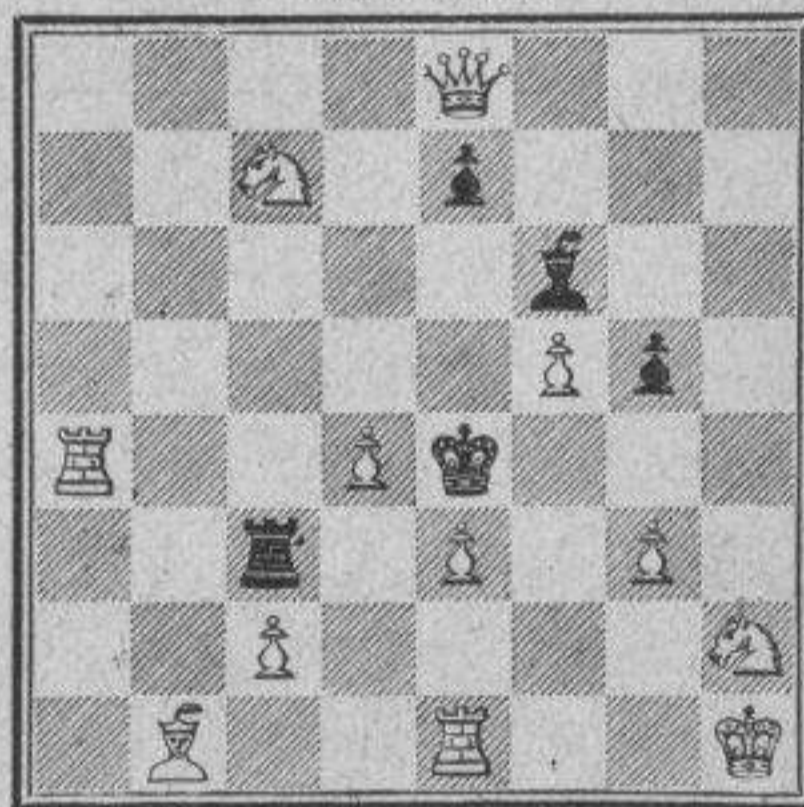
El comprador, saludando:

—Y yo también.



Problema de ajedrez núm. 2, por J. PALUZIE (Barcelona)

*Negras (5)*



*Blancas (12)*

Las blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

**Solución del problema núm. 1. — 1 P 4 R**  
(4 Variantes)

# LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR V. SUÁREZ CASAN \* PROPIETARIO PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos  
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado